

Luciano
Canfora

JULIO CÉSAR

Un dictador democrático

Ariel



Luciano Canfora

Julio César

Un dictador democrático

Traducción de
Xavier Garí de Barbará y Alida Ares

Ariel

Título original: *Giulio Cesare: Il dittatore democratico*

Primera edición: noviembre de 2000

Primera edición en esta presentación: junio de 2025

© 1999; Gius. Laterza & Figli

Traducción de Xavier Garí de Barbará y Alida Ares

Derechos exclusivos de edición en español:

© Editorial Planeta, S. A., 2025

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.

www.ariel.es

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-344-3891-0

Depósito legal: B. 7.387-2025

Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



I

HUYENDO DE SILA: PRIMERAS EXPERIENCIAS DE UN JOVEN ARISTOCRÁTICO

1. César se nos muestra en su primera juventud como un hombre hostigado pero indomable, fuertemente comprometido en defender el honor del derrotado partido «popular». Contra César se desencadena la hostilidad del dictador Sila, quien anhelaba eliminar físicamente al sobrino de Cayo Mario. Éste era descendiente de una de las más antiguas familias patricias, la estirpe de los Julia, los cuales se jactaban de proceder de una mítica descendencia de Iulo, hijo de Eneas. Cebarse en el jovencísimo hijo de Cayo Julio César (*maior*), fallecido en el año 85 cuando el futuro dictador apenas contaba 16 años, no iba a ser nada fácil. Sila prefirió humillarlo, y así, entre otras cosas, trató de que abandonase a su esposa, Cornelia, por su parte hija de Cinna, el otro cabecilla «popular» que Sila había derrotado cuando llevó a cabo la marcha sobre Roma.

Para César, aquellos primeros años de vida «consciente» bajo la dictadura de Sila significaron probablemente una experiencia decisiva. Comprobó, al mismo tiempo, qué representaba arriesgarlo todo en una situación de poder absoluto de los enemigos políticos, y qué podría significar el dominio incontrolado de la *factio paucorum*.

Tras haberle impedido asumir el cargo de *flamen Dialis*,¹ Sila pensó acabar con César y hacer que lo asesinaran. Plutarco lo afirma claramente.² Por su parte, Suetonio lo deja entender cuando explica que César, obligado a cambiar cada noche de escondite, e incluso a sobornar «a quienes lo acechaban», al final «consigue librarse» (*veniam impetavit*) por intercesión de las vestales, así como de Aurelio Cota.³

Así pues, Sila halló resistencia en su mismo entorno contra la iniciativa de liquidar a César. De ahí la dura réplica dirigida a los suyos, incapaces de entender la peligrosidad de César: «¡Habéis ganado, quedaos con él! Un día os daréis cuenta de que aquel a quien queréis salvar a toda costa, será nefasto para el partido de

los aristócratas (*optimati partibus*), que todos hemos defendido. No os dais cuenta que en César hay muchos Cayo Mario».⁴ Aun cuando no le faltasen asesinos a sueldo,⁵ anónimos y fiables, no logró su objetivo. Esta experiencia extrema empujó a César a tomar partido definitivamente, cuando, como narra Plutarco, «vagaba por la Sabina» cambiando de refugio cada noche.⁶

2. César decidió desaparecer de Roma por un tiempo. Nació, de este modo, su misión como *legatus* de Marco Minucio Termo. En el año 81, Termo, inmediatamente después de la pretoría o quizá incluso antes de caducar su magistratura,⁷ fue destinado a la provincia de Asia, y se llevó consigo a Julio César. Era, evidentemente, una forma de alejarlo de Roma. En Asia, Termo confió a César una misión en la corte de Nicomedes, rey de Bitinia y buen amigo de la República romana. Fue en aquella ocasión cuando surgió la gran amistad entre César y Nicomedes, sobre la cual sus adversarios se ensañaron con duras y continuas alusiones sobre el aspecto sexual de la misma. Hasta treinta y cinco años después, el tema era objeto de sorna incluso en los estribillos que los soldados cesarianos cantaban en la época del triunfo sobre la Galia:⁸ «César sometió las Galias, Nicomedes sometió a César»,⁹ y continuaban ironizando: «He aquí que ahora triunfa César, quien ha conquistado la Galia, pero no triunfa Nicomedes, que conquistó a César.» César se mantenía dignamente a distancia de estas mofas. De todos modos, la misión en Asia se caracterizó también por los acontecimientos bélicos. César se concentró en el asedio de Mitilene —último foco de resistencia antirromana tras la caída de Mitrídates— y «fue condecorado por Termo con una corona *ob cives servatos* (por haber salvado la vida de los ciudadanos romanos)».¹⁰

En el 78 lo encontramos en Cilicia al servicio de Servilio Isáurico;¹¹ éste, tras el consulado, había sido destinado a un delicado cargo contra los piratas, para los que Cilicia era su punto de fuerza, su base y su refugio. Aunque no lo conocemos con exactitud y detalle, parece evidente que César continuó con sus operaciones en Oriente y no regresó a Roma mientras vivió Sila. Paulatinamente se fue asociando, con especiales responsabilidades, con los comandantes romanos que avanzaban sobre Asia Menor. Su pertenencia al patriciado lo hacía posible. Hay que decir también que, evidentemente, incluso los magistrados vinculados a Sila le abrían las puertas, lo que contribuía no poco a su supervivencia y salvación.

Tan sólo regresó a Roma al llegarle la noticia de la muerte de Sila y de la insurrección de Marco Emilio Lépido (cónsul en el 78)

contra la legislación silana.¹² Es significativo el gran acontecimiento que representó su vuelta. Este hombre de 22 años, perseguido y obligado a huir de Roma para salvar la vida, en modo alguno doblegado por la persecución, se moviliza rápidamente en cuanto se entera de la desaparición del dictador. Actúa como un líder que sabe que es reconocido como tal; valora las propuestas y las posibilidades de Lépido y las descarta. Éste, que es mucho más anciano, con mayor autoridad y que aquel año ocupaba el consulado, lo invita calurosamente y «con grandes promesas»¹³ a compartir la aventura de la revolución, advirtiéndole en César a un jefe popular. Pero César ya tiene el «ojo clínico» del político maduro, lo cual le permite distinguir entre un aventurero y un jefe con posibilidades de éxito. Suetonio, que sobre esto proporciona valiosos detalles, precisa que César descartó aliarse con Lépido por dos razones: porque no tenía confianza en su carácter,¹⁴ y porque, observando las cosas de cerca, se había dado cuenta de que se trataba de una iniciativa inferior a sus expectativas.¹⁵ En esta rapidez de valoración y reflejos se halla ya el político provisto de la virtud máxima según la politología clásica: la capacidad de intuir los movimientos, es decir, prever «entre las varias posibilidades, lo que con mayor probabilidad se va a producir».¹⁶ Un arte que antepone la capacidad de valorar las relaciones de fuerza.

La insurrección de Lépido, prematura y mal organizada, acabó mal. Tras haber fomentado desórdenes en la Galia Transalpina, siendo ya procónsul (77 a.C.), Lépido marchó sobre Roma, pero Catulo lo despachó, de modo que huyó miserablemente a Cerdeña, quedando una parte de sus hombres refugiados con Sertorio en España. Lépido tenía a sus espaldas una desastrosa trayectoria. Había estado con Cina, se había casado con una mujer que estaba emparentada con Saturnino, malogrado cabecilla popular. Pero cuando la victoria de Sila se hizo inminente repudió a su esposa y se alió con él, enriqueciéndose con las incautaciones de las proscripciones, lo que constituyó un agravio indeleble. Convertido en cónsul (según la estructuración silana), se dedicó a conspirar con Pompeyo, que por otra parte había sido formado y protegido por Sila, pero que era mucho más hábil y listo que él, con el fin de cambiar la constitución silana, cuyas normas liberticidas acentuaban el carácter oligárquico de la República romana. Es fácil advertir que César había seguido una conducta del todo opuesta a la de Lépido: había rechazado divorciarse de la hija de Cinna y había desafiado al dictador arriesgándolo todo. He aquí a qué puede referirse Suetonio cuando habla de la desconfianza de César hacia el *ingenium* de Lépido. Por otra parte, en Roma, la política era por excelencia un oficio hereditario, y César, que no carecía de cinismo en la utilización de hom-

bres incluso no cualificados, chantajeará en el 49-48, al principio de la guerra civil, al hijo de Lépido, se servirá de él para formalizar la asunción de la dictadura y lo convertirá en su *magister equitum*, usándolo también como «rival» del demasiado independiente e inquieto Antonio.¹⁷

3. Contra los hombres del régimen silano, César escoge un camino distinto y más prudente, que tal vez pueda resultar más productivo: llevar a algunos a los tribunales con acusaciones concretas. Así, denuncia por corrupción en su gestión al procónsul en Macedonia, Cneo Cornelio Dolabela (cónsul en el 81, y comandante de la flota de Sila el año anterior), el cual probablemente no había permanecido al margen de las proscripciones. Es muy probable que el mandato de Dolabela en Macedonia se prolongase hasta la llegada, en el 77, de Apio Claudio Pulcro (cónsul en el 79). Ello significa que el proceso tuvo lugar durante los años 77-76. Tácito, en cambio, en el *Diálogo de los oradores* data este memorable proceso en el que Dolabela fue defendido por abogados de primera línea como Hortensio, quien lo hizo gratuitamente, en el «vigésimo primer año» de vida de César,¹⁸ es decir, en el 79 o incluso en el 80. Esto resulta imposible, ya que de este modo se situaría el proceso bajo el gobierno de Sila. El discurso de acusación de César contra el ex cónsul malversador se leía aún en tiempos de Gelio,¹⁹ en el siglo II. Veleyo Patérculo, que fue contemporáneo del emperador Tiberio, define aquel acto de acusación con expresiones entusiastas: «*accusatio nobilissima*». Y detalla también que la opinión pública se mostraba favorable a César. Sin embargo, el corrupto se libró gracias a los óptimos e influyentes abogados que le asistían.²⁰ César, que no se había hecho nunca ilusiones sobre el desenlace del proceso, dijo en el curso de su intervención contra el imputado que «la mejor de las causas fracasó por el patrocinio de Lucio Cota».²¹ La derrota no fue estéril. Como ocurre en estos casos, no debe olvidarse que el fracaso de Lépido había reforzado al régimen que justamente se proponía derrocar. La victoria del proceso de Dolabela fue una muestra de la vitalidad y soberbia²² de la parte silana, afianzada sólidamente en el poder.

Los griegos, que esperaban obtener justicia contra Dolabela, quedaron decepcionados. César les daría apoyo en una posterior acción judicial, esta vez contra otro personaje de la camarilla silana, Cayo Antonio Hibrida. Éste, destinado a una carrera accidentada,²³ pero célebre quizá para la posteridad, sobre todo por ser tío del tribuno Marco Antonio, se había hecho con vastas recompensas en perjuicio de los griegos cuando Sila se encontraba allí,²⁴

y de vuelta a Italia se dedicó a especular sobre los bienes de los proscritos. Pero los griegos afectados —estamos en el año 76— lo denunciaron ante el *praetor peregrinus* de aquel año, Marco Terencio Varrón Lúculo. Según Plutarco,²⁵ César, que defendía la acusación de los provinciales contra el expoliador silano, fue tan eficaz que Cayo Antonio acabó por apelar a los tribunales sosteniendo como pretexto que no se le garantizaban condiciones procesales justas. Ni Plutarco (que cometió varios errores cronológicos) ni el gramático Asconio nada refieren sobre cómo acabó el proceso, pero todo lleva a pensar que al final Antonio evitó la condena.

Cierto es que al día siguiente de tales acontecimientos político-judiciales, César decidió nuevamente «desaparecer», «para apaciguar las hostilidades desencadenadas contra él», comenta Suetonio.²⁶ ¿Qué mejor ocasión que un viaje de instrucción a Rodas, lugar tranquilo y de «peregrinación» para jóvenes romanos de las clases altas en busca de una buena formación «griega»?

II

PRISIONERO DE LOS PIRATAS (75-74 a.C.)

1. La travesía se vio alterada por un percance. A la altura de la isla de Farmacusa —una de las Espóradas al sur de Mileto— la embarcación de César fue capturada por los piratas, los salvajes piratas de Cilicia. El relato más pintoresco de esta aventura —que se encuentra también en la obra historiográfica de Veleyo—¹ es el de Plutarco; también Suetonio ofrece detalles coincidentes con la vivaz narración del contemporáneo biógrafo griego. Resulta difícil imaginar que puedan ser otros, y no César, quienes han dado origen a la tradición de este episodio; a él probablemente se debe el tono de arrogante ironía con que se aborda el mencionado suceso. «Le pidieron veinte talentos por el rescate —relata Plutarco— y él se echó a reír porque no sabían a quién habían apresado, asegurando que por iniciativa suya les daría cincuenta.»² Envío a miembros de su séquito para que reunieran el dinero, permaneciendo con él solamente su médico personal y dos esclavos.³

A pesar de su condición de rehén, durante los 38 días en que esperó a que sus enviados regresasen con el dinero, César adoptó de inmediato una posición de superioridad. Cuando tenía que dormir mandaba a uno de sus dos esclavos a que ordenase silencio. Cuando sus secuestradores se ejercitaban en la lucha, él los dirigía, como si tuviese su consentimiento para tomar el mando. Además, se aprovechaba de ellos como si fueran su propio auditorio. Para llenar racionalmente el tiempo de ocio al que lo constreñía el cautiverio, César componía poesías y discursos y los recitaba en presencia de sus secuestradores pretendiendo su admiración. Si ésta no se manifestaba adecuadamente, los llenaba de insultos llamándoles «bárbaros ignorantes», llegando a formular amenazas más graves, aunque proferidas en tono jocoso, como, por ejemplo, amenazarlos con la horca. Los piratas se divertían mucho, «atribuyendo esta franqueza de lenguaje a una peculiaridad de su carácter, es decir, a su tendencia natural a las bromas».⁴

Finalmente llegó la suma del rescate: se pagaron los cincuenta talentos y desembarcaron a César en tierra firme. ¿Cómo había obtenido la elevada cuantía del rescate? Es Veleyo quien aporta información precisa sobre este punto: «Fue rescatado con dinero público de las *civitates*;⁵ pero bajo la condición de que antes de la entrega del dinero tuviese lugar la liberación de los rehenes.» Todo ello se comprende mejor si consideramos que César pudo valerse del argumento de haber caído en manos de los piratas debido a la insuficiente vigilancia por parte de la «guardia costera»⁶ de las poblaciones (*civitates*) de la zona. Estamos en el 74, durante el gobierno del propretor Marco Yunco en la provincia de Asia,⁷ momento particularmente negativo en lo que respecta al dominio romano de los mares. La campaña de Servilio Isáurico no había extirpado de ningún modo la raíz de la plaga endémica de la piratería; los esfuerzos económicos y militares del Estado romano se concentraban en la durísima guerra contra Sertorio en Hispania, guerra que en aquel momento se encontraba en su punto culminante. Para la piratería cilicia en particular era, por tanto, un momento de pujanza y predominio, especialmente en el Mediterráneo oriental. Las ciudades costeras de Asia se veían obligadas a adoptar una posición defensiva. Ante la perentoria solicitud de César, noble romano cautivo de los piratas prácticamente en las proximidades de sus costas y debido a la ineficacia de sus controles, no tuvieron más remedio que obedecer, reuniendo la considerable suma del rescate en un tiempo relativamente breve.

Apenas liberado, César se ocupó de castigar a sus secuestradores. En Mileto armó algunas naves y se movilizó sorprendiendo a los piratas que todavía permanecían fondeados en las cercanías de la isla. Veleyo destaca con acierto que César llevó a cabo toda esta operación como *privatus*.⁸ Ante el vacío existente de un fuerte poder «público» de control sobre los mares y, probablemente, de forma análoga a la de la obtención de *pecunia publica* para su rescate, había armado algunas naves, con la ayuda de *privati*, de cuyo mando se ocupó directa y personalmente aun sin revestir en aquel momento ningún cargo que lo autorizase para ello. Hubo un enfrentamiento naval: una parte de las naves piratas huyeron, otra parte fueron hundidas, y otras fueron capturadas y se hicieron no pocos prisioneros.

En aquel momento, el propretor de la provincia de Asia, Yunco, con *imperium* proconsular, se encontraba en Bitinia por las demandas testamentarias de Nicomedes III (el cual, al morir, había dejado en herencia el reino de Bitinia al «pueblo romano»). Por ello, desde Pérgamo César se desplazó a Bitinia con su «botín

humano» de piratas ni prisioneros, pretendiendo que el propretor proveyese a su ejemplar castigo, lo que no sucedió en absoluto.

2. Yunco no tenía intención de realizar ninguna condena capital. Según Plutarco, «miraba sobre todo al botín», ya que «no era poco el dinero» recuperado por César en el momento de la captura de los secuestradores.⁹ Pero debemos considerar más exacta la aportación de Veleyo: Yunco pensaba hacer mucho dinero revendiendo a los piratas.¹⁰ De hecho, dio disposiciones en tal sentido, pero César zarpó inmediatamente con sus detenidos antes de que las misivas del propretor llegaran a manos de nadie y procedió a la crucifixión de los prisioneros por su propia iniciativa. La tradición bibliográfica a propósito de esto, como de costumbre, es complaciente. En otro lugar de la biografía cesariana Suetonio señalaba —¡como signo de la clemencia de César en las venganzas!— que antes de crucificarlos, suplicio que comportaba una muerte lentísima y atroz, los había estrangulado a todos.¹¹ Plutarco puntualiza que con tal crucifixión César no hacía más que mantener la promesa que les había hecho «fingiendo que bromeaba» cuando era su prisionero.¹²

Que el futuro «amo del mundo», de joven, hubiera caído en manos de los piratas era un acontecimiento que naturalmente se prestaba al realce ornamental y a reelaboraciones legendarias. En el relato de Polieno, el cual escribía su manual de *Estratagemas* en tiempos de Marco Aurelio, mucho después por tanto de Plutarco y Suetonio, la liberación de César de los piratas tiene lugar gracias a una estratagema digna de Odiseo. Colmados de dinero, mucho más de lo que esperaban, una vez cobrado el rescate, los piratas fueron inducidos a celebrar un banquete y fueron emborrachados con un vino que contenía una droga. Mientras dormían, César los mandó matar y restituyó a los milesios el dinero recogido para el rescate.¹³ Por otra parte, que los piratas hubieran sido «degollados» y no crucificados era una noticia de la que disponía un anticuario coetáneo de Augusto, Fenestela, el cual la refería en el segundo libro de su *Epitome*, ya perdido.¹⁴

Con la estancia de César en Asia y su desafortunado encuentro con el gobernador Marco Yunco se relaciona un discurso de César, *Para los bitinios*, del que Gelio ha conservado sólo algunas frases.¹⁵ A juzgar por lo poco que queda del escueto comentario de Gelio, parece claro que César allí habla frente a Yunco, ya que se dirige a él directamente (y sólo podía hacerlo en tanto magistrado ante el cual se pronunciaba aquel discurso),¹⁶ y explica por qué sus antiguos lazos de amistad con Nicomedes le obligaban a apoyar la causa de los bitinios. Y formula una teoría que resulta ser

también *una de las claves de la conducta del buen político en Roma*: «no se puede abandonar a los clientes, si no es cometiendo una grandísima infamia».¹⁷

3. No conocemos otros detalles de este caso. Éste confirma, al parecer, que las relaciones con Yunco no debieron de ser óptimas (el incidente relativo al castigo de los piratas no fue un episodio banal). Éste, sobre todo, introduce un nuevo elemento en los otros asuntos judiciales en los que César, jovencísimo, se había ocupado en defensa de los provinciales.¹⁸ En vista, según deducimos de sus palabras, de establecer un entramado de relaciones políticamente rentables para su ulterior carrera política.

Por otra parte, en el viaje que originariamente se dirigía hacia Rodas, además del percance de los piratas y de su continuación en Bitinia, había habido también otros imprevistos. En la provincia de Asia, César tomó parte en las operaciones contra un general de Mitrídates, del que Suetonio —única fuente— no facilita el nombre.¹⁹ El episodio se explica en dos palabras: la provincia padecía las incursiones de dicho general de Mitrídates; César reclutó tropas auxiliares, hizo retroceder al invasor y logró restablecer la amistad con Roma de ciudades aliadas cuya fidelidad se tambaleaba, precisamente a causa de la evidente debilidad que el dominio romano mostraba, y ello no solamente en la región. Del mismo modo que siendo *privatus* había armado naves para perseguir a los piratas, ahora también había reclutado tropas auxiliares y adquirido experiencia, si bien marginalmente, en un conflicto muy comprometido. Si además el «Cayo Julio», citado junto con Publio Autronio como legado de Antonio Cretico en un epígrafe honorario griego del año 71, es César,²⁰ en tal caso recuperaríamos otra pieza para conocer sus viajes y ocupaciones en Grecia precedentes a su regreso a Roma.

Mientras tanto, aun estando ausente, César fue elegido miembro del colegio de los sumos pontífices en sustitución de Cayo Aurelio Cota.²¹ Para Veleyo se trataba de una recompensa por la pérdida de su cargo de flamen debida a la persecución silana. Desde el principio, César tuvo clara la importancia de los cargos sagrados. Como era obvio para un exponente de la clase dirigente romana, sus personales opiniones religiosas no interfirieron en sus decisiones políticas. No se convirtió en líder por casualidad, sino que construyó tenazmente su propio poder, y el pontificado forma parte con todo derecho de éste.